

La cuestión social de la vejez y la justicia para todas las edades

Luis Ferreiro

Director de *Acontecimiento*

Con frecuencia, cuando la ONU propone un año internacional no puedo evitar unas cuantas preguntas escépticas, ¿qué problema está anticipando uno de los organismos con mayor capacidad de pronóstico encima de la tierra?, ¿qué proyecto quiere implantar y nos quiere vender a plazos?, ¿qué asignatura pendiente, que no pueden aprobar los gobiernos, porque no quieren darle solución, se quiere endosar a la conciencia de la gente e, incluso, hacerla sentirse culpable y alarmada?

No se puede dejar pasar por alto una contradicción pintoresca. Todavía no se han apagado los ecos de la Conferencia de El Cairo (1994), con su monótona alarma sobre la «explosión demográfica», cuando se dispara otra alarma avisando sobre el envejecimiento de la población. ¿Son compatibles tales preocupaciones o, acaso, alguna de ellas es falsa? ¿Tendrían que rectificar los profetas de Malthus? ¿O los de Matusalén? ¿O es qué el hombre es, siempre, un fenómeno alarmante a cualquier edad: homo homini lupus? Mucho me temo que éste el caso y que, para los que aspiran a la administración de las cosas y al dominio del mundo sin sobresaltos, el hombre acecha y amenaza la tranquilidad de su «orden».

1. El «problema» del envejecimiento demográfico

Ciertamente, el envejecimiento es un problema para cada persona, pero ¿hasta qué punto es un

problema social? Por desgracia, la vejez trae problemas. Por fortuna, es posible darles solución. La edad es una característica de la persona, pero también se puede caracterizar una sociedad en función de la edad que acumula el conjunto de sus miembros y la forma de su distribución, es decir, del número de efectivos que componen las distintas generaciones.

Los estudios de los demógrafos demuestran que, efectivamente, estamos en una etapa de la evolución de la humanidad en la que se está produciendo un envejecimiento de la población, que se explica porque las distintas sociedades de la tierra están acercándose a la **transición demográfica**, tienen una cita a diferentes plazos, no muy largos, para llegar a una etapa de estabilidad demográfica. La transición se ha producido primero en los países desarrollados, siguiendo una secuencia precisa, comprobable históricamente sin excepciones, que combina dos fenómenos: primero se produce la disminución de la tasa de mortalidad (TM) y, posteriormente, disminuye de la tasa de natalidad (TN) acomodándose el menor número de nacimientos al, también menor, de defunciones.

En los países donde se dice que hay una «explosión demográfica», se ha producido el descenso de la TM, pero aún no se ha registrado un descenso comparable de la TN, cosa que acabará ocurriendo como en el resto. Sin embargo, estos países presentarán una peculiaridad: igual que fue muy rápida la caída de su TM, su envejecimiento será, también, mucho más rápido que

en los países industrializados. Así, según A. Kallach: «En Francia se necesitaron 115 años para que la proporción de personas de edad pasara del 7% al 14%, mientras que en países como China, Brasil y Tailandia esa duplicación tendrá lugar en los próximos 20 años». En España la **velocidad de envejecimiento** (años que se tarda en pasar del 7 al 14% de mayores de 65 años) ha sido de 46 años (de 1950 a 1996).

Otra causa importante es que la **esperanza de vida al nacer** (EVN) ha aumentado notablemente en casi todo el mundo, como puede verse en la tabla. Cada niño que viene al mundo puede contar con vivir más años que los que le han precedido cronológicamente. Esto es así en todo el mundo, salvo que haya nacido en África, en los tiempos del SIDA, pues, según reconoce la ONU, hay 29 países tan afectados que han perdido 7 años de esperanza de vida, siendo el caso extremo Botswana, que pasará de 61 años (en 1990-95) a 41 (en 2000-2005).

Esperanza de vida al nacer	1950-55	1985-90
Mundo	46,4	63,3
Más Desarrollados	66,0	73,8
Menos Desarrollados	40,7	60,7

Un indicador del envejecimiento de la sociedad es la **edad mediana**, que es la que divide a la población en partes numéricamente iguales de personas más jóvenes y mayores. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), actualmente, en todo el mundo, el número de personas mayores de 26 años es igual al de las menores de 26, y se calcula que dentro de 50 años los habitantes de la tierra se dividirán en dos mitades iguales de mayores y menores de 39 años. Es decir, la mitad más vieja será 13 años más vieja.

Regiones	Edad Mediana (años)		
	1950	1998	2050
Total Mundial	23,5	26,1	37,8
Más desarrollados	28,6	36,8	45,6
Menos desarrollados	21,3	23,9	36,7
África	18,7	18,3	30,7
Asia	21,9	25,6	39,3
Europa	29,2	37,1	47,4
Latinoamérica	20,1	23,9	37,8
Norteamérica	29,8	35,2	42,1
Oceanía	27,9	30,7	39,3

La Organización Panamericana de Salud, prevé que casi todos los países de América Latina acumularán unos diez años más a la edad mediana en el año 2020. Así, los 22 Brasil, o los 20 de México pasarán a ser 30, Cuba pasará de 28 (1990) a 40 (2020), etc.

Veamos ahora la cantidad de ancianos y su proporción en la tabla siguiente. Existen actualmente, en todo el mundo, unos 400 millones de personas mayores de 65 años y se espera que su número se doble en los próximos 25 años. En América Latina serán más del doble, destacando el aumento de su peso relativo: del 5,5% actual se pasará al 9,2%, es decir, de una de cada 20 personas mayor de 65 años, a una de cada diez.

Evolución de la población total y de la población anciana						
<small>(Hipótesis de fecundidad intermedia). Fuente: World Population Prospects. ONU, 1993.</small>						
Región	1950	1970	1990	2000	2010	2025
Población (millones de habitantes)						
Mundial	2.516	3.697	5.295	6.228	7.149	8.472
América Latina	165	283	441	523	600	702
España	28	33,8	39	39,6	40,7	40,6
Población de 65 años y más (millones de habitantes)						
Mundial	127,5	200,3	327,8	425,2	523,1	824,1
América Latina	5,8	11,3	21,2	28,8	37,8	64,7
España	2,0	3,3	5,2	6,3	7,0	8,2
Población de 65 años y más (% sobre la población real)						
Mundial	5,1	5,4	6,2	6,8	7,3	9,7
América Latina	3,5	4,0	4,8	5,5	6,3	9,2
España	7,3	9,8	13,4	15,9	17,3	20,2

Otro problema importante es el «**envejecimiento del envejecimiento**», expresión que designa al fenómeno, cada vez más extendido, que consiste en que habiendo más personas ancianas, estas son, además, mucho más ancianas. Al ser mayor la supervivencia aumenta el número de personas de 80 y más años. En consecuencia, aumentan los problemas de salud, dependencia y necesidades de asistencia. La ONU, en su informe de 1993, lo expresa de este modo: «Por primera vez, se estima y se pronostica el número de octogenarios, nonagenarios y centenarios. En 1998, 66 millones de personas estaban por encima de los 80 años, esto es, alrededor de una de cada 100 personas. Se espera que este número aumente casi 6 veces para el año 2050, hasta alcanzar 370 millones de personas. Además, en

1998, se estima que unas 135.000 personas tienen 100 o más años. El número de centenarios se multiplicará por 16 hacia el 2050 para alcanzar 2,2 millones de personas». En Latinoamérica, los mayores de 75 años, que son del orden del 1 al 2%, triplicarán su presencia hacia el año 2020.

España se encuentra claramente entre los países industrializados que han completado la transición demográfica, con tasas de mortalidad y de natalidad muy reducidas y una esperanza de vida que la tercera más alta del mundo (77,7 años, 73,4 los hombres y 81,4 las mujeres). Precisamente la evolución de la EVN es uno de los indicadores más claros de su desarrollo social: en 1900, era de 35 años, en 1950, de 62 años, en 1970, de 73 años, hoy se sitúa en 77,7 años.

Otra forma de verlo es contabilizar cuantas personas de una cohorte de edad alcanzaban los 65 años: en 1900, eran el 26% (es decir, el 74% de esa cohorte había muerto antes de los 65 años); en 1970, el 78%; y en 1990, el 84% habían sobrevivido, es decir, sólo había muerto el 16%. El progreso es evidente, aunque, eso sí, aparecen problemas nuevos al aumentar la proporción de mayores de 65 años de la siguiente forma (y previsión):

Año	1900	1940	1960	1980	1990	2000	2025
%	5,2	6,5	8,2	11,2	13,7	16,8	21,2

Los efectivos totales alcanzados y previstos (en miles) están en la tabla siguiente (I.N.E.):

Edades	65-74	75-84	>85	Total	%(>85)
1980	2.634	1.303	279	4.216	6,6
1990	3.213	1.727	443	5.383	8,2
2000	3.926	2.189	653	6.768	9,6
2005	3.640	2.503	733	6.876	11,2

La última columna muestra el «envejecimiento del envejecimiento» en España. Puede verse que los mayores de 85 años (sobre el total de mayores de 65) es casi del 10%. Además, hay que citar un rasgo importante: a medida que aumenta la edad la proporción de mujeres sobre hombres aumenta y, de estar equilibrada a los 65 años, se pasa a 4 mujeres cada 3 varones (entre

70-74 años), el doble de mujeres (entre 80-84) y el triple (más de 95). Este fenómeno es importante por la repercusión que tiene en la pobreza y la soledad, ya que las mujeres cuentan con menos recursos económicos debido a su historia laboral de menor integración y mayor marginalidad.

A la vista de estos datos, podemos hacer un **balance**. No cabe duda de que existe un envejecimiento de la población a nivel mundial, el de los países más desarrollados es una avanzadilla, cuya importancia real es escasa en el sentido de que se da donde **existen recursos para que no sea un problema grave**, otra cosa es que se pueda agravar porque no se haga, o no se esté haciendo, lo que se debe hacer para solucionarlo. Sí será un gravísimo problema allí donde no existan los recursos suficientes y la capacidad de previsión para afrontarlo, en parte porque los problemas perentorios no permiten pensar en otros, y esto es lo que puede ocurrir en muchos países del Sur.

En definitiva, como en todos los problemas demográficos, la clave de la cuestión no es el número, sino los recursos, la organización adecuada para resolverlos y el talante con que se afronte el problema.

Por desgracia, hay mucho especulador que se alegra con los números elevados cuando se refieren al dinero y se asusta cuando se refieren a personas. Es, entonces, cuando **la demografía cabalística** hace su aparición y se adueña del escenario y del discurso. Moraliza los números, los dota de cualidades mágicas, los hace malévolos, portadores de perversidades y de amenazas apocalípticas. No se sabe en virtud de qué un porcentaje se vuelve terrorista, sea una tasa de natalidad o un índice de envejecimiento. Finalmente, termina buscando soluciones de emergencia y abogando por medidas bárbaras que se presenten como necesarias para salvar a la humanidad. Naturalmente, ocurre como los viejos dictadores que pretenden salvar a su patria y, claro que la salvan... la parte suya que peligra.

Quienes así predicán, deben responder a preguntas como estas: ¿qué es «lo bueno» en demografía?, ¿qué TN es «mejor»? ¿qué población es «buena» para España, por ejemplo?, ¿es «mejor» un número de 7 millones como la época de Felipe II, o los 40 actuales, o sería mejor tener 100?, ¿qué porcentaje de viejos es «mejor», 5,

10, 15, 20, 25%...?, ¿qué esperanza de vida es «mejor» 40, 60, 80, 100 años?

Por eso, la valoración del proceso descrito, en mi modo de ver, ha de ser positiva, no es un mal, sino un bien extraordinario, como lo prueban las consecuencias que anota Lourdes Pérez Ortiz:

- en todos los grupos de edad hay menos muertes;
- las posibilidades de ruptura de la familia por defunción durante la crianza de los hijos ha disminuido de un 20%, en 1900, al 2.6%, en 1979, reduciéndose drásticamente la viudedad y haciéndose excepcional la orfandad;
- la pérdida de un hijo menor de 15 años ha pasado del 41% de 1900 al 1.3% de 1985.

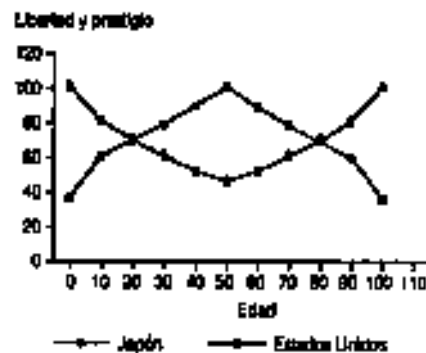
Por tanto, no puede ser malo el envejecimiento si es el resultado de algo tan bueno como el progreso de la medicina, la mejora de las condiciones económicas, de la salubridad del medio, de la calidad de vida, de la seguridad social, etc., con las consecuencias arriba citadas. Si nos parece bien llegar a viejos no nos debe parecer mal que la sociedad envejezca, dicho con un prestigioso sociólogo (M. Castells): «El proceso de envejecimiento demográfico debe ser considerado como un dato más de la evolución de las sociedades industrializadas. La ‘negatividad’ del envejecimiento demográfico no tiene ninguna base económica ni social».

2. Valoración cultural de la vejez

Si la situación descrita no es de por sí ni mejor ni peor que otras, ¿por qué prevalece un sentimiento de alarma o amenaza? Que la valoración sea positiva o negativa depende de la sociedad que valora, de su mentalidad y de su visión de la vejez como algo venerable o indeseable, que es fruto de una tradición cultural y de los valores vigentes en cada época.

A lo largo de la historia occidental la vejez ha sido concebida de forma variable oscilando entre dos extremos. Por un lado se la ha considerado como la edad dorada en la que la persona llega a la plenitud. Platón elogia en los ancianos valores tales como la prudencia, el buen juicio, la sabiduría, etc., y les asigna un rol social de la máxima importancia, como es el de gobernar la ciudad, la República ideal sería, en el fondo, una gerontocracia.

Lejos de este ideal está Aristóteles que, como en otras cosas, se distancia de su maestro. Para él la virtud esta en el justo medio y la edad ideal es la madurez, que equidista de la juventud con sus pasiones y de la vejez a la que atribuye decadencia física y defectos morales como inseguridad, malicia, suspicacia y mezquindad. Estos dos pensadores, tan cercanos en el tiempo, dejan ver como la concepción de la vejez es una construcción del pensamiento. De hecho, durante la Edad Media sus concepciones siguen vivas en san Agustín y santo Tomás. La gráfica siguiente compara el aprecio por los ancianos en dos sociedades actuales, Estados Unidos y Japón. Se diría que son discípulos de Aristóteles y Platón, respectivamente.



También ha sido muy influyente el pensamiento de los estoicos, que ensalzó la virtud de la moderación y el ideal del sabio como una persona que posee el dominio de sí. La vejez sería un periodo lleno de limitaciones, pero propicio a la serenidad, la moderación y el control de sí mismo, por eso es posible esperar notables servicios del anciano. La idea de equilibrio regula su visión de la vejez.

El Renacimiento, en cambio, ha sido prolijo en concepciones negativas. El ideal de este periodo es la juventud, la fuerza, la inteligencia y la belleza. Se rechaza el tema de la muerte, tan dominante en el medievo, lo decadente y lo viejo. Se crean estereotipos que condensan la maldad en la mujer vieja, como el de la bruja, que penetran en la imaginación popular y que han perdurado hasta épocas recientes.

Así, cada época y cada sociedad, lleva a cabo una construcción social del concepto de vejez, conformando una mentalidad colectiva, en cuyas capas más profundas se han sedimentado tradi-

ciones, ideologías, opiniones y percepciones, tal vez ignoradas, pero eficazmente activas, que regulan las acciones y actitudes hacia las generaciones de mayor edad. Así, **los medios de comunicación**, según M^a T. Bazo, transmiten una imagen negativa y reduccionista de los ancianos. Predominan los estereotipos, por un lado, de bondad y ternura asociadas a la pasividad, por otro, el mal carácter, la queja, el viejo cascarrabias. Por último, ha aparecido una nueva imagen del anciano, positiva en la medida que muestra salud, vigor, ir a la moda, etc., es decir, en cuanto ha asimilado los valores del mundo joven, que es el único que es de fiar.

He aquí la **cuestión ética** reducida a maniqueísmo estético: la vejez sería lo malo y lo juvenil lo bueno, o sea, «*senectus ipsa est morbus*» versus «*juventud divino tesoro*» —o «*giovinezza, primavera di bellezza*» (versión musical de las juventudes fascistas)—. Si el anciano quiere ser admitido en una sociedad cuyos valores dominantes son los juveniles ha de emular a los jóvenes.

Así, puede decirse que las culturas quedan definidas por la mirada con la que miran a sus ancianos. Siguiendo a López Azpitarte, la imagen de la ancianidad está configurada por tres modelos sociales que coexisten, predominando alguno de ellos en cada época.

a) La vejez como **condena**. El viejo ya ha cumplido su misión, nada se espera de él, no aporta ningún beneficio y es una carga para la sociedad. En casos extremos se le abandona a su suerte, o ellos mismos se autoexcluyen. Así, entre los esquimales era frecuente que los viejos se alejaran del clan para buscar la muerte, en Japón existía un alto índice de suicidios de ancianos, etc. Hay mucho de esto en la reivindicación de la eutanasia que, tácitamente, se entiende aplicable a los ancianos. Se hace necesario denunciar una mentalidad anti-vida que gana terreno y se manifiesta también en la aceptación social del aborto, o en el temor a una natalidad «desenfrenada».

b) La vejez como **retiro**. Sería la época del descanso y del júbilo en la que, después de los servicios prestados, se tendría derecho a recibir ciertas prestaciones que le permitan vivir sin preocupaciones por el futuro. Sin embargo, en la práctica, se retira a los ancianos forzosamente de la circulación y se los margina aun en plenitud de facultades. Se les transfor-

ma en miembros de las **clases pasivas** que recibirán lo que necesiten a cambio de su pasividad, de no competir en una sociedad que ensalza la competitividad. Seguirán siendo consumidores y votantes pero no protagonizarán la producción ni la organización política.

c) La vejez como **plenitud**. Su biografía no está cerrada, no se anticipa la muerte biológica con esa especie de muerte social que es una vida devaluada. Sigue siendo protagonista de su existencia y de la historia de la sociedad en la que vive, tiene una función social según su capacidad y aporta servicios útiles que no se pueden medir con la misma medida que se emplea para otras edades. **Su vida es valiosa hasta su último instante**, aunque caiga en la invalidez, la demencia, la dependencia, etc.

Este último modelo es, desde luego, al que nos apuntamos y al que nos gustaría que respondiese nuestra cultura. Por desgracia, la realidad dista de ser ésta.

3. Consecuencias políticas: las exigencias de la justicia

Las voces de alarma más sonoras son las que acusan al envejecimiento de ser una de las causas de la insostenibilidad del Estado de Bienestar, debido a la carga, cada vez mayor, de personas dependientes, que tienen que soportar las que son económicamente activas. Esto se expresa, habitualmente, mediante el índice de dependencia (ID), que es el cociente de dividir el número de personas dependientes del país (la suma de los menores de 15 años y de los mayores de 65) entre el número de personas potencialmente activas (los mayores de 15 y menores de 65). Actualmente, en España, el ID es de 1/2, es decir, dos personas en edad de trabajar sostienen a una dependiente.

Pero este indicativo es engañoso, pues la cantidad de recursos disponibles puede aumentarse por dos vías: a) aumentado el número de trabajadores reales entre los que lo son potencialmente, así, la incorporación de la mujer al trabajo o la reducción del desempleo haría aumentar la capacidad de sostenimiento de más personas dependientes, y b) lo más relevante es la productividad, de manera que se pueden obtener cada vez más recursos económicos con cada vez menos trabajadores y más tecnología.

Por otro lado, no es justo hacer recaer el peso del problema en la tercera edad, el número de personas dependientes se está manteniendo estable, lo que cambia es su distribución, aumenta el número de mayores de 65 años y disminuyen los menores de 15.

Entonces, lo que hay que plantear es **la dimensión transitiva de la justicia social** y, en este caso, la dimensión intergeneracional, es decir, la deuda que tenemos con nuestros mayores. Según M^a T. Bazo, «las relaciones familiares entre generaciones se caracterizan en sentido amplio por ser relaciones de intercambio, si bien de intercambio desigual». La generación de los abuelos actuales ha dado más a sus hijos, y ha recibido algo menos cuantitativamente que lo ellos mismos dieron a la generación anterior. «Esa tendencia se refuerza en la generación de los padres/madres actuales. Es decir, cada vez se da más para recibir menos desde el punto de vista cuantitativo... ponen todos los recursos personales y familiares a disposición del desarrollo y formación de los hijos/as, y durante más años, debido a la crisis económica y las altas tasas de desempleo juvenil.»

No sabemos los resultados que arrojaría el balance de la contabilidad intergeneracional si se hiciera con el rigor numérico de los balances empresariales, pero sin duda la deuda sería exorbitante, y su valor de mercado impagable. La simple idea de una justicia distributiva ya nos obliga a una reciprocidad imposible: nunca pagaremos lo que nuestros padres han hecho por nosotros.

Pero la dimensión transitiva es la superación del «do ut des», y exige que hagamos por otros lo que no nos podrán pagar, lo que nunca revertirá a nosotros, sino que fructificará en el bien de otros, sea porque ya no están en condiciones de retribuirnos o porque todavía no han nacido, como son las generaciones que heredarán nuestro mundo. Esta dimensión de la justicia es la única que puede construir una civilización verdaderamente humana para todos.

Esta perspectiva nos obliga a un planteamiento radical. Si el envejecimiento es un gran problema social, una nueva cuestión social, entonces **para los grandes problemas reclamamos las grandes soluciones**, no las pequeñas y mezquinas. No se trata de enfoques cuantitativos:

más residencias, más cuidados a domicilio, más atención geriátrica, etc., que luego quedan en más viajes del IMSERSO y más ocio para una clientela a la que los políticos de todo signo se esfuerzan en adular.

Por supuesto, no hay que descuidar las políticas de asistencia para los ancianos, especialmente los más necesitados, pero más allá de las políticas, lo que importa es **la gran política**, es decir, la organización general de la sociedad, que tendrá que adaptarse a una ciudadanía de mayor edad promedio. De la misma forma que se ha dicho que la sociedad ha sido configurada por el sexo masculino y para él, también hay que decir, que ha sido configurada por y para una población más joven que la actual. Por tanto —valga el lema de la ONU—, preparar «una sociedad para todas las edades» exige un ajustamiento radical de la existente, que exigirá profundas reformas a todos los niveles: las leyes, la herencia, la propiedad, el urbanismo y la ordenación del territorio, el transporte, las comunicaciones, el sistema sanitario, el sistema educativo, la organización laboral, etc.

Todo esto se deberá hacer con la gestión activa de los propios ancianos, reintegrados a la plena ciudadanía. Hoy por hoy, el rol político y el rol laboral están estrechamente relacionados, por eso, la clave es la reforma de la organización del trabajo social.

Bibliografía

- AA.VV. *La atención a los ancianos: un desafío para los años noventa*. Organización Panamericana de la Salud (OMS). Washington, 1994.
- M^a Teresa Bazo (Coord.). *Envejecimiento y sociedad: una perspectiva internacional*. Editorial Médica Panamericana. Madrid, 1999.
- Manuel Castells, Lourdes Pérez Ortiz. *Análisis de las políticas de vejez en España en el contexto Europeo*. IMSERSO. Madrid, 1992.
- Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada. N^o. 112. Julio-Septiembre. *Las personas mayores*. Madrid, 1998.
- Eduardo López Azpitarte. *Envejecer: destino y misión*. San Pablo. Madrid, 1999.
- Lourdes Pérez Ortiz. *Las necesidades de las personas mayores. Vejez, economía y sociedad*. IMSERSO (MTAS). Madrid, 1997.
- S. Rodríguez Domínguez. *La vejez: historia y actualidad*. Salamanca, 1989.